

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EL ARCA A FLOTE

Diluvio de noticias y responsabilidad humana

LA conciencia, la conciencia moral del hombre de nuestros días, está sometida a una constante prueba. Sin escapatoria debemos juzgar día a día los acontecimientos mundiales, dado que los medios actuales de información, ultrarrápidos, nos sitúan en el núcleo de los mismos, ocurran donde ocurran, así vivamos en las antipodas de donde están sucediendo. Y por eso diariamente, sin podernos sustraer, juzgamos, nos planteamos, conforme a nuestra conciencia, como nuestros los conflictos que ocurren en cualquier parte de la Tierra. Antes de esta época del diluvio de la información en palabras y en imágenes, esto sólo alcanzaba una pequeña escala. El hombre solamente asistía a los grandes conflictos mundiales o a una sonada causa judicial, como en el proceso de Dreyfus, demos por caso. No había este suceder de acontecimientos que nos enfrentan ahora constantemente a problemas de conciencia, sean cuales sean nuestros puntos de vista, creencias religiosas, opiniones políticas, determinantes raciales.

Los periódicos, la radio, la televisión, el cine, tratan a nuestros ojos y oídos, tomados en vivo si son imágenes y transcritos, también en vivo, si son palabras radiadas o impresas, desde el caso de los hippies que van a morir al pie del Himalaya, vendiendo su sangre para subsistir, hasta los episodios de las guerras no declaradas —más sangrientas que las que se declaran—, los desastres y hecatombes naturales, el hambre de millares de refugiados, los crímenes inimaginables de exterminio de familias enteras, la lucha de las grandes potencias que ya se libra en el fondo de los mares, más o menos disimulada, los campeonatos deportivos, los espectaculares sucesos en que participan grandes figuras mundiales, los viajes interplanetarios, la puesta del pie del hombre en la Luna, las conferencias de paz...

Y a todos estos sucesos debemos responder con una actitud, con un pensamiento, un juicio, una opinión. En lo íntimo de nosotros mismos sentimos, casi automáticamente, el deber de pronunciarnos, ya que la neutralidad no existe en lo profundo de la persona. Es una constante y fatigante confrontación de las fuerzas morales con el mundo que nos rodea en el universo entero y más allá, en los espacios interplanetarios. Pero es imposible sopesar conciencias humanas que han estado sometidas a las más altas presiones de responsabilidad per-

sonal o colectiva, que han vivido angustiosamente la contradicción de los hechos más trágicos.

Porque la otra es esa. La responsabilidad que sentimos que nos corresponde, como partes de la especie. Por solidaridad, no se puede desentender el hombre actual de los conflictos que lo cercan. Hay una responsabilidad que va más allá, la responsabilidad que toca las cuerdas éticas de la persona, en un plano interno, profundo. Vivir es ya ser responsable, porque la vida conlleva la responsabilidad de su tiempo. El ser aislado, incorrupto, egoísta, va siendo cada vez más raro. Antes sí, se apagaba la luz de la candela, cuando empezaba la noche, y se volvía a la vida al salir el sol con la conciencia sin preocupaciones, lavada por el sueño y el reposo completos. Ahora, la noche existe cada vez menos. Cada vez hay menos noche en las ciudades. Las horas, antes destinadas al reposo, se emplean en la televisión o la radio, milagrosos vehículos de aproximación humana. Y de aquí que ahora si sea cierto aquello de que nada de lo humano nos es ajeno. Y no sólo cierto, sino que es a partir de ahí que nuestra conciencia va a estar sometida a las presiones del diario desenvolverse del mundo, en todos sus aspectos. La píldora. Se dice ligero. La píldora anticoncepcional. Ora como noticia científica, ora como motivo de discusión religiosa. Lo cierto es que estas dos palabras van a plantear a nuestro fuero íntimo un problema en el que debemos pesar lo que será del mundo en los venideros siglos, si sigue aumentando la población del globo, cuya superficie cultivable va reduciéndose de manera aflictiva. Y así como la píldora, podemos citar los trasplantes de corazón, la posible futura creación de la vida en un laboratorio. Es en el fondo de nosotros mismos, en lo inalienable de nuestra conciencia donde debemos juzgar. Y nada nos conturbó más que estos trasplantes de corazón. No lo confesamos, pero es así. ¿Al que le arrancaban el corazón vivo, estaba de veras muerto? ¿Qué sentimientos andarían en el pecho del que recibía el nuevo huésped latente? Y así podríamos enumerar como a diario sometemos, al tener la noticia, nuestro sentir moral.

Es un ejercicio agotador que en otras épocas, quizás más felices, no existía. Muchos de los desequilibrados de las personas nacen actualmente de este constante seguir angustiados nuestro universo conflictivo. Que lo ha sido siempre. Que

no es de hoy. Efectivamente, con la diferencia de que antes lo que acontecía en los confines del Amazonas no nos llegaba, y ahora al instante estamos informados de que allí se caza a los indios, para robarles sus tierras. ¿Cacerías de indios en el siglo XX? De todo hay en este siglo.

Los años dolorosos de la última guerra mundial, los campos de concentración, el uso de la bomba atómica en el Japón, lejos de embotar nuestra sensibilidad, nos dejaron más despiertos, más en vela. Y juzgamos que no se puede permanecer indiferente ante el avance de los mismos impulsos destructores, aniquiladores del género humano. Las manifestaciones contra las llamadas guerras localizadas, que a diario se suceden en las capitales del mundo, la llamada todos los días a los hombres responsables de su tiempo para que se opongan a estas guerras, prueban que la conciencia moral del hombre no se ha embotado y posee los recursos necesarios para oponerse al avance de las fuerzas del mal. Y este es el mayor de los conflictos de conciencia que se nos presenta. Pertenecer a un mundo que está luchando entre la vida y la muerte, pero no entre la vida y la muerte de un grupo humano, de una nación, de un continente, sino de la tierra toda.

Y esto no es una fantasía ni un invento de ciencia-ficción. Lo sabemos y es por eso que nuestra sensibilidad se mantiene en vela. Por instinto de conservación. Por el pavor secreto que sentimos por lo que sería una guerra nuclear, la guerra nuclear que a ciencia y paciencia de todos nosotros se prepara tan minuciosamente. En el fondo del gran malestar de nuestra civilización altamente tecnificada, encontramos esta preocupación: el que en manos de unos pocos, y nunca falta un loco, esté el poder hacer saltar y desaparecer con todo y la tierra. Y de aquí la urgencia de la conciencia vigilante, informada y movilizada, no para la guerra, sino para la paz. El ejercicio de este pensamiento, el peligro es constante inmediato, terrible, puede evitar el conflicto que al desencadenarse será implacable. Y ya que nos mantenemos despiertos y en tensión por todo lo que pasa en el mundo, informados, como se dice, que estos diluvios de noticias nos sirvan para mantener el arca a flote.

Miguel Angel ASTURIAS

(Premio Nobel)

LEER Y ESCRIBIR

LA PUERTA DE LAS CIENCIAS

«EL arte de escribir, que es la puerta de las ciencias...» Y «escribir», aquí, sólo significa «usar del alfabeto». La frase, por tanto, quizá resulte un poco exagerada: candidamente escolar, incluso. La saca de los «Orígenes de la lengua española», un buen papel que don Gregorio Mayans y Siscar publicó en 1737. Supongo que expresiones similares se encontrarán en abundancia, en los textos del XVIII. Pero esto es lo interesante y lo que convendría subrayar: que para los «ilustrados» del Setecientos el hecho de saber leer y escribir tenía una consideración casi gloriosa. Calificarle de «puerta de las ciencias», nada menos, parece una hipérbola de extraña ingenuidad. Nos lo parece a nosotros, hoy. Los dos siglos y medio transcurridos desde la edición de los «Orígenes» constituyen, precisamente, la etapa más eficaz en la expansión de la llamada «enseñanza primaria», que, en todas partes, tiende a ser gratuita y obligatoria. La lucha contra el analfabetismo se generaliza y consigue éxitos ostensibles. Y, en realidad, vamos acercándonos a un punto en que leer y escribir son aprendizajes tan asegurados como ineludibles. En la época de don Gregorio todavía eran una excepción. Entonces podían merecer un alto y esperanzado título. ¿Ahora?

La verdad es que Mayans, al decir lo de «la puerta de las ciencias», se refería al episodio histórico de la introducción y la difusión de la escritura a niveles colectivos. «Vemos que los turdetanos usaban del arte de escribir...», recuerda nuestro erudito. Y en efecto: cuando un pueblo pasaba de la transmisión oral a la transmisión escrita, en sus recursos de conocimiento acumulativo, no hay duda de que empezaba a salir de la «barbarie». Si no se le abría literalmente «la puerta de las ciencias», tenía despedido el camino. Eso que denominamos «cultura» —en la acepción moderna, claro está— depende de la gran ventaja de los alfabetos. Y a escala individual, la constatación se repite. Hasta hace cuatro días, después de dos o tres milenios de circular alfabetos por estos mundos de Dios, la inmensa mayoría de la gente quedaba marginada de su utilidad. Únicamente aprendían a leer y a escribir, y no en exceso, los clérigos y los notarios. Durante centurias, por ejemplo, se pudo ejercer de poeta lírico sin necesidad de saber leer ni escribir, y hasta caben sospechas fundadas de que algunos autores

conspicuos que estudiamos en manuales de historia literaria —cronistas, narradores— ni siquiera llegaban a hacer «la o» con un canuto: les bastaba dictar, y un amanuense subalterno ponía la caligrafía. Pero con la ilustración...

«Los hombres del XVIII postularon la universalización de la lectura y la escritura: su democratización, si se quiere. Un ciudadano alfabetizado era, virtualmente, para ellos, más «ciudadano»: o sea, más razonable, más libre, más digno. Se «situaba en el dintel de «las ciencias», y el que lo atravesase o no ya venía a ser una circunstancia de menor entidad. Lo que ocurrió luego es bien sabido, y nos lleva al estado de cosas actual: a fuerza de facilidades, hemos acabado por no conceder mucho valor al hábito de leer y escribir. Porque esto es una verdad como un templo: la disminución del analfabetismo, en última instancia, no indica que las multitudes censadas «sepan» leer y escribir como es debido, y menos aún que «lean» y «escriban» de manera regular. Las heroicas campañas de escolarización han dado su fruto, por descontado; pero el leer y el escribir no acaban en las aulas iniciales. Y se da la terrible circunstancia, además, de que la multiplicación de escuelas coincide con una serie de procesos «desalfabetizadores» cuya eficiencia salta a la vista. Pleno en el cine, en la radio, en la televisión, en los impresos de imágenes. Son los «mass media». Estos «media» sirven de entretenimiento, y, en cuanto a entretenimiento, no compiten —o compiten poco— con la lectura y la escritura. Pero también pretenden «enseñar». Y probablemente «enseñan». Lo malo es que aprenden a sustituir la lectura y la escritura.

No entraré en la posible discusión acerca de la utilidad de los «media» aludidos como instrumento pedagógico. Es obvio, en definitiva, que las muchedumbres inocentes adquieran la convicción de que alcanzan un «saber» al margen de leer y escribir: noticias, datos, doctrinas, a menudo con distraer «científico». En todo caso, se están produciendo amenazadoras situaciones de carácter regresivo. Yo soy de los que sostienen —así lo he hecho en público, más de una vez— que ni el cine, ni la radio, ni la televisión han «robado» clientela al libro (y esgrimo el argumento «libro» por ser el más espectacular). Los sectores del vecindario que hoy matan el tiempo ante las pantallas grandes o pequeñas, o que se limitan a escuchar alta-

voces, nunca fueron clientes de la lectura: proceden de la taberna, de la visita, de la tertulia, de las cuarenta horas o de la siesta. No es por ahí donde se insinúa el peligro. A mi entender, habría de alarmarnos más otros fenómenos, en apariencia alejados del televisor o de la foto-novela, y que reflejan una apremiante desconfianza respecto a la lectura y a la escritura. Se trata de algunos expedientes todavía ligados a la operación de leer y escribir, pero que la traicionan, la sofistican o la frustran.

Que el ectoplasma de mi paisano Mayans me perdone el abuso de su amable alusión. Yo añadiría: son trucos que cierran, o no abren, «la puerta de las ciencias». La lista sería larga. En ella se integran: el desdén por la buena letra —sí, el «despacito y buena letra» de los viejos dómínes— y los «digests» y «abreviaturas», el método de «lectura rápida» y los dictáfonos, la estenografía mecanizada y el cuadernillo ilustrado de quioscos. Etcétera. Una cantidad considerable de alfabetizados, con frecuencia académicamente memorables, se entregan a tales facilidades. El no leer se convierte en lectura sincopada o resumida por subalternos de dudosa aptitud; el no escribir será la mala letra —y, ¡ay!, la mala sintaxis y el olvido del vocabulario justo— o la cháchara precipitada ante el micrófono portátil. ¿Inevitable? Quizá sí. Repetiré aquello de Unamuno: «El saber no ocupa lugar, pero ocupa tiempo». Desde luego. Y hoy a todo el mundo le falta tiempo. Al menos es lo que todo el mundo dice. Leer, hay que leer mucho; escribir, hay que escribir de vez en cuando, y con un mínimo de puntualidad en los términos, si queremos ser entendidos, o no excesivamente malentendidos. No sería lícito censurar las meditaciones expeditivas. Pero, ¿qué haremos con «la puerta de las ciencias»?

Admito que abundan los papeles susceptibles de ser recorridos con un vistazo: la «lectura rápida». He observado que algunos anuncios del sistema aducen la insigne ejemplaridad del difunto presidente Kennedy, «lector veloz». Un estadista tipo Kennedy, ¿qué estaba obligado a leer? ¿No leía alguien por él: en su lugar?... En todo caso, me gustaría ver quién es el guapo que es capaz de leer, en «lectura rápida», la «Fenomenología del Espíritu», el «Hamlet» o una monografía de física nuclear. Nunca faltará un espontáneo que lo haga, pero no cuenta. Y lo mismo habrá que apuntar por lo que afecta a la

escritura, o a la grabación magnetofónica, cuando la celeridad se erige en ley. El venerable Alighieri, que empleaba plumas de ganso, mal cortadas, y tinta doméstica, y papel rugoso, exclamó en un endecasílabo epigráfico: «Non vi si sabe quanto sangue costa». Escribir cuesta mucha sangre, sea en endecasílabos geniales o en vulgarísima prosa de artículo. Para diluir el enunciado melodramático, prescindiremos de la palabra «sangre». No sangre: paciencia. Despacito y buena letra: buena sintaxis —buen raciocinio—, y escoger el vocablo oportuno, y colocar las comas en su sitio. La cultura es eso. Leer palabra a palabra un texto de Hegel o de Einstein, y escribir sin faltas de ortografía y con una puntuación honorable. «L'ait, c'est la virgule», afirmó alguien.

Supongo que ahora soy yo quien exagera. Pero conviene pecar por exceso, en estos asuntos. Vuelvo a invocar «la puerta de las ciencias» del señor Mayans y Siscar. Y concluyo con la moraleja fatal: hay que vigilar las tentaciones de un neanalfabetismo que se nos propone. Los inquilinos del siglo XX estamos condenados a ser «ignorantes» de muchísimas cosas: no podemos ser enciclopédicos como lo fue Aristóteles o como lo fue Diderot. La «sabiduría» de nuestra época rebasa, ¡y tanto!, nuestras entenderas y, más todavía, nuestro tiempo. El día no tiene bastantes horas, ni nuestros ojos bastante resistencia, para que lleguemos a un grado de información y de intelección relativamente potables en las mil y una esferas del «saber». Nadie nos reprochará la limitación de especialista; ni menos aún la superficialidad de opiniones. Y, si alguien se atreve a hacerlo, por para él. Pero eso no ha de ser excusa de la pereza. Hay que aprender a leer en serio, y hay que leer. Y hay que aprender a escribir: mantener la tradición de la escritura —a pesar de las tonterías de McLuhan y de los chismes electrónicos—, porque «el arte de escribir» es «la puerta de las ciencias». Cualquier deslize en estos trámites podría ser funesto. Al fin y al cabo, las ciencias —lo que don Gregorio Mayans llamaba «las ciencias»— es la aspirina. Ya se me entiende. Y esperemos que mañana sea una gajeta todavía más benéfica, metafóricamente hablando.

Joan FUSTER

DIVISIONES METALICAS



- DESMONTABLES Y DE FACIL COLOCACION
- PANELES EN MADERAS FINAS, ALUMINIO Y CRISTAL
- AISLAMIENTO TERMICO Y ACUSTICO

Larroc

VIRGEN DE GRACIA, 28 - TEL. 227 60 39 - BARCELONA - 6

PAPELES PINTADOS

«CRESTA» SUPERLAVABLES

ALMACENISTAS - IMPORTADORES

Verdaderas maravillas de papeles pintados

PRECIOS: Desde 60 pesetas rollo de 10 metros a 800 pesetas rollo misma medida.

VENTAS: CENTRAL, ENAMORADOS, 38. SUCURSALES: GALILEO, 278; GRAL. SAN-JURJO, 38; AVDA. MASNOU, 66 (Hospital); ALLOZA, 10. Tels. 225-18-04 y 245-95-50.

NUESTROS PRODUCTOS SON SIEMPRE DE LA MAXIMA CALIDAD

VISITENOS Y COMPRARA MEJOR

gane tiempo y ahorre esfuerzos con nuestros

ELEVADORES PORTATILES

Accionamiento a mano o a motor

Potencia de 100 a 3000 Kgs.

Elevación de 1 a 5 metros

C.A.A.S.A.

Consejo de Ciento, 409

tel. 245-27-13 BARCELONA - 9

COCHES PARA INVALIDOS

Variedad de modelos. Prácticos, cómodos y confortables.

Pida folleto gráfico. Ortopedia

SABATE

Canada, 3, 5 y 7

PLANTILLAS ORTOPEDICAS

Para PIÉS PLANOS y DOLORIDOS.

Construcción especializada para cada caso.

ESPECIALIDADES ORTOPEDICAS "SABATE"

CANADA, 3, 5 y 7 - BARCELONA

(C.P.S. Nº 217V 218)